

nudos, las familias sin educacion ni cultivo. Y así la religion como el estado con voz desmayada claman una y muchas veces: ¡Amad á vuestros enemigos! ¡Nos aborrecen y os aborrecen! ¡beneficiadles! ¡Nos persiguen y nos calumnian! ¡esperimenten no ya vuestro justo castigo, sino los efectos de un amor que quitándoles en lo posible la raiz y ocasiones de la embriaguez los convierten en hijos de Dios, en amigos vuestros, en religiosos fieles, en ciudadanos útiles. Dios lo manda, lo ordena el Rey, la religion lo pide, el estado lo clama; de los oficios y providencias de V. A. están pendientes la salvacion de innumerables almas, y el fruto de la preciosa sangre de Jesucristo, que sin duda se pierde en ellas, si ellas se pierden. Esto por último lo demanda de V. A. el alto caracter de imágenes y sustitutos del padre celestial, Rey soberano de la gloria.

SERMON

Predicado la última noche del año de 1780 en la parroquia del Sagrario de la santa iglesia catedral.

Ne dicas: miseratio Domini magna est: Misericordia enim et ira ab illo cito proximant. Eccles. cap. 5. v. 6. et 7.

Lleno de un inesplicable regocijo, y ocupado al mismo tiempo de un melancólico terror; dividido mi corazón en una interior lucha entre las mas dulces esperanzas y los mas amargos temores: presentándoseme ya las imágenes mas agradables, y ya las mas funestas vengo á hablaros en esta noche en que por la primera vez os juntáis en este templo para una ceremonia propia de vuestra religion y de vuestra piedad. Acabamos hoy, señores, el año de 1780 de la era cristiana, y la religiosa piedad de Méjico, en quien se habia interrumpido una ceremonia tan plausible y tan célebre en otras muchas ciudades del orbe católico, renueva hoy por esta pública accion de gracias á los beneficios de Dios una solemnidad que desea perpetuar para eterno monumento

de su gratitud; concluimos hoy, vuelvo á decir, el año de 1780 en el que siendo mas facil contar las horas, los minutos y aun los instantes, que los inestimables dones que hemos recibido de Dios, nos ofrece esta sola consideracion motivos no menos eficaces para un humilde reconocimiento que dignos del mas sólido goce. Porque si el gozo que se siente al recibir algún grande bien despues de perdido, ha llegado tal vez á privar de la vida; la larga continuada posesion de bienes grandes y sin número; que no se ha interrumpido con el triste dolor de la pérdida ¿en qué obligacion no nos pone, y como no intrudará nuestro corazon de una santa alegría? Tal es, señores, en este dia nuestra suerte, digna justamente de celebrarse con las mas alegres demostraciones de agradecimiento. ¡Mas hay! Que en medio de ellas oigo allá en lo mas secreto de mi corazon una melancólica voz que me dice: ¿Si será este el último año de mi vida? ¿Si estos felices dias serán vispera de otros funestos y desgraciados? ¿Si á la apacible serenidad del goce de una salud robusta, de una honrada reputacion y de una situacion ventajosa, sucederá la negra tempestad de enfermedades, de deshonras y de miserias? ¿Si la

ira vengadora de un Dios bienhechor mal correspondido vendrá ya con pasos, aunque silenciosos, apesurados en seguimiento de su misericordia despreciada?

Pero ¿qué (me direis) vengo yo en esta noche á confundir con espantosos anuncios la ceremonia mas alegre? ¿A mezclar mis lúgubres ayes con vuestros solemnes cánticos, y á fulminar amenazas de la divina justicia en un tiempo que se debe todo á las gracias de la misericordia? ¿Y habremos acaso nosotros, á la manera de los antiguos indios meicanos que al terminar el Sol la carrera de sus cuatro semanas mayores, despidiéndose de la luz, cuyo fin temian supersticiosamente, dispuestos á morir, andaban por las calles frenéticos y fuera de sí, por el temor de que se acabara el Sol: habremos, digo, aunque con diferente espíritu, de llorar asustados en el fin del año, temiendo si en el venidero nuestras culpas obscurecerán las luces benignas del Sol Divino? Sí, señores: este me ha parecido el verdadero objeto de esta sagrada ceremonia instituida no menos para despertar nuestro agradecimiento, que para corregir la insolente presuncion de que se deja dominar el hombre en la prosperidad á vista de una continuada serie de benefi-

cios. ¿Y no es muy comun entre los cristianos aquella presuntuosa y confiada seguridad, que describe el sabio al capitulo quinto del Eclesiástico, con que al volver sobre sí el hombre, y al considerar que en medio de sus iniquidades ha pasado sus años tranquilos, se promete vivir el año que sigue porque ha vivido en el presente; haciendo de las misericordias de este año consecuencias para el venidero: *Peccavi et quid accidit mihi triste? miseratio Domini magna est?* Temeraria y loca confianza para cuya confusión nos intima el Señor, que sus iras andan siempre muy cerca de sus misericordias: *Ne dicas: miseratio Domini magna est: misericordia enim et ira cito ab illo proximant.* Para apartar, pues, de nosotros semejante presunción, y para que la memoria de los beneficios que hemos recibido en el año no nos precipite por el rumbo del agradecimiento al abismo de la temeridad, quiero que consideremos este último dia como dia de gozo y de temor: dia de gozo, por la memoria que en él hacemos de los beneficios con que Dios nos ha distinguido como con una marca de su misericordia; pero dia de temor, porque acaso estos mismos beneficios, por nuestro abuso, son un triste anuncio de su ira.

Punto primero.

Es el hombre, ó ya sea por aquel secreto orgullo de su espíritu que en todo anhela por la preferencia y la distincion, ó sea por un efecto de su ignorancia que no descubre los fondos de los dones sino á la luz de la singularidad: es el hombre tan inclinado á estimar solo lo raro y esquisito, que en su aprecio se envilece el beneficio por frecuente, no siendo para él los mejores los mayores bienes, sino los menos comunes. Mira con ojos indiferentes todo un cielo en quien tiene para su provecho, si no el dominio, el uso inestimable del sol, de la luna y de las estrellas, y cuando ni aun se acuerda de este beneficio por comun y por universal; casi fuera de sí pondera y celebra la dicha de poseer un diamante de esquisita grandeza, vil si se compara con aquellas brillantes luces, pero que crece en su estimacion porque es él solo el dueño. Lamentable flaqueza que nos impide apreciar como es justo, y agradecer la multitud sin número de beneficios con que en este año de misericordia nos ha visitado nuestro Dios conservándonos la vida, la salud, la honra, el caudal y el goce de los demas bienes. Pero condesciéndase

por ahora con esta flaqueza: y para dar á conocer cuán poderosos motivos tenemos de dar á Dios las mas alegres gracias, quiero que considereis todos estos beneficios, no por lo que en si son, sino por lo que tienen de singular. Traed para esto á la memoria aquel dia grande para los hebreos en que á pocas marchas despues de su salida se vieron amenazados de un nuevo peligro que iba á sugetarlos otra vez á las cadenas, que acababan de romper. Estrechados por una parte del formidable egército de Faraon que les seguia el alcance; por la otra del mar que se oponia á su marcha; cuando se imaginaban reducidos á perecer, ó entre las espadas enemigas, ó en el torrente impetuoso de las ondas triunfaron de todo á costa de uno de los mas ruidosos milagros que han visto los siglos. Dividióse el mar Rojo ácia uno y otro lado, y condensadas sus liquidas aguas, olvidadas de su naturaleza se mantuvieron firmes franqueando una senda enjuta al pueblo escogido. Arrojárse en su seguimiento los egipcios; y precipitándose á su centro aquellas dos cristalinas montañas hallan los infelices á un mismo tiempo un útil escarmiento de su temeridad y un justo castigo de sus delitos.

Yo discurro, siempre que leo este bello pasage, que luego que los israelitas pusieron el pie en la orilla opuesta, cuando volvieron los ojos ácia el peligro verian naufragar las tropas egipcias, tomarian algun puesto eminente para considerar despacio aquel triunfo de la diestra todopoderosa. Y ¡oh cuáles debieron de ser entonces los transportes de su gozo y de su admiracion al contemplar que el que para ellos habia sido rumbo seguro y franco, era para aquellos desdichados sepulcro de sus cuerpos y de sus riquezas! Verian arrebataados por el impetu de las corrientes los pesados carros, y envueltos entre las olas los escudos, los arneses, los alfanges y los cuerpos ya medio desarmados. Descubririan á una parte á los desventurados gitanos luchando con las ondas, y no pudiendo resistir su fiereza ceder al cansancio, y abandonarse al arbitrio de las aguas. Oirían á otra lastimeros gemidos de miserables que pedian al cielo piedad, y no encontraban sino justicia. Mezclábanse el estrépito ruidoso de las olas con los desmayados gritos y ayes de los moribundos: arrojaba el mar enfurecido á las orillas las joyas, las armas y los cadáveres, y en pocos instantes se redujo todo el poder y grandeza de Faraon

á una ruina deshecha, que fue el objeto de compasion aun á los mismos vencedores. ¡Y cómo levantarían al cielo las manos y las voces! ¡cómo no alabarian el poder y la bondad del Señor que habia salvado sus vidas allí mismo, en donde no dejaron los egipcios sino un monumento triste de lo que habian sido!

¿Y no es esta, señores, una viva pintura de lo que hemos experimentado en este año? Ya que hemos pasado felizmente por entre las amargas aguas de tribulaciones y de desdichas, volvamos atras los ojos, y como desde un alto collado demos una ojeada al mundo todo simbolizado en el mar Rojo. ¿Y no se os presenta desde luego el mas compasivo espectáculo en el espacio de estos doce meses? Cuantos millares de muertos unos al rigor de las enfermedades, otros á la violencia de un rayo, ó heridos de una mano enemiga; estos perecieron de una caída, aquellos oprimidos de una ruina, muchos de otras mil esteriore causas. Solo en el recinto de esta feligresia han muerto cerca de dos mil, y algunos centenares de muerte improvisa y repentina sin el socorro de los sacramentos: bajo este mismo pavimento yacen muchos que en el año pasado vivían alegres y conten-

tos, y ahora no ha quedado de ellos ni aun la memoria. Volved á otra parte los ojos, ó aplicad al menos los oídos á las quejas de tantos que han gemido y gimen en los hospitales, que lloran en las prisiones, que se quejan en la desnudez. ¿Cuántos caudales perdidos en este año? ¿Cuántas familias arruinadas? ¿Cuántos secretos desastres, tanto mas dolorosos cuanto mas distantes del consuelo amargo de una queja? De toda esta suerte de calamidades que ha descargado sobre otros el brazo del Señor, me ha librado su mano, para aquellos pesada y fuerte; para mí dulce y misericordiosa. Alma mía, potencias y sentidos míos, y todo cuanto soy bendecid aquel Señor, cuyos beneficios no podria explicar aunque cada uno de los innumerables poros de mi cuerpo fuera una elocuente boca por donde le alabara: *Benedic anima mea Domino, et omnia que intra me sunt*. Si vivo hasta el fin de este año en que han muerto tantos millares de jóvenes robustos y floridos, no es á la edad, no á la salud; sino á sola su misericordia á quien debo la vida: *Misericordie Domini quia non sumus consumpti*. Yo como otros muchos anegados en las salobres aguas de la deshonra y de la miseria, acaso con mayor causa lloraria

sepultado en el abismo de la ignominia y del desprecio si la piedad de Dios no me hubiera protegido: *Nisi quia Dominus erat in nobis forsitan pertransisset anima nostra aquam intolerabilem.* Yo (este pensamiento, señores, me hace estremecer, y siento que toda la sangre se me hiela en las venas) yo, si hubiera muerto en aquellos momentos en que estaba manchado de culpas: si en aquellos dias en que abrigaba aquel odio, aquel deseo de venganza, en que meditaba aquel designio torpe; si en este año, que quizá he empleado todo en comercios criminales, si me hubiera sorprendido la muerte, ahora sería infeliz compañero de muchos que por menores culpas comenzaron en este mismo tiempo su infeliz eternidad en los infiernos á no haberme sufrido aquel Dios paciente hasta el exceso: *Nisi quia Dominus adjuvit me, paulo minus habitasset in inferno anima mea.* ¿Quién tuviera ahora la sonora citara de David, y su religioso espíritu para convocar con alegres imperiosas voces á las criaturas todas para una solemne acción de gracias? Y ¿son, señores, otra cosa cuantas luces brillan en el cielo, cuantos árboles pueblan las selvas, cuantas flores hermosean los prados: son otra

cosa los animales todos que habitan en los montes, que vagan por el aire ó surcan los mares; en una palabra, las criaturas todas mas que unos dones que la mano divina ha conservado en este año para que sirvan, ó á nuestra necesidad, ó á nuestro regalo habiendo en este mismo año privado á innumerables de su goce? Vosotras, pues, hermosas obras del Señor, como sois instrumentos de su liberalidad, sedlo igualmente de su gloria alabándole, bendiciéndole y engrandeciendo sus misericordias.

Estas, señores, se os manifestarán más claramente, y se os hará más sensible este beneficio de preferencia con que Dios nos ha señalado, si pasando de lo que cada uno de nosotros debe en particular al Señor á lo que esta ciudad le es deudora; concluyereis que habitais un país depósito de misericordias sin número, y de privilegios sin egemplar. Y para que la memoria de estos públicos beneficios os acuerde más vivamente vuestra felicidad al cotejo de la suma desgracia, recorred en breve las calamidades de toda clase con que en este siglo ha afligido el Señor á las principales ciudades del orbe cristiano, y admirareis aquel Dios de las venganzas que deja obrar algunas veces á

su justicia como desatada de los piadosos vínculos de su misericordia: *Deus ultionum Dominus Deus ultionum liberè egit.* Parece que ha resonado ya en nuestro siglo aquella voz magestuosa de la ira del Dios que ordena á sus ministros que derramen sobre la tierra los vasos llenos de su indignacion: *effundite phialas iræ Dei in terram.* ¿Y cuando han sido mas generales los terremotos que de 40 años á esta parte? Temblaban espantados los habitantes de la Noruega, la Suecia, y de otros muchos países del mundo al sentir que se movia bajo sus pies la tierra con movimientos no experimentados hasta entonces: apenas ha habido lugar en la Europa en donde, ó la novedad, ó los estragos del terremoto no hayan causado el mayor espanto. Sepultóse en nuestros dias bajo sus mismas ruinas la bella capital Lisboa, conspirando contra ella á un mismo tiempo la tierra con temblores, el mar con sus avenidas, el viento con furiosos uracanes, y el fuego con voraces llamas. Hasta hoy gimen, no bien recobradas del terremoto en la otra América, Lima que vió hundirse en una noche su famoso puerto, y la ciudad de la Concepcion en el Chile. Añadid á esto la horrible carniceria de tantas pestes acaso

en nuestro siglo mas que en otros continuas y crueles: y para que no imagineis que la cólera del cielo se ha saciado con estas desdichas, mirad la Europa cubierta de cadáveres é inundada de sangre humana, y sin que los estrechos lazos de la sangre, ni los sagrados vínculos de una misma fe haya bastado á reprimir los marciales ímpetus hemos visto arder el fuego de la guerra aun entre príncipes de una casa y de una religion.

Mas ¿para qué es ir á buscar á países distantes calamidad, cuando tenemos sin salir de nuestros dias, ni de nuestra region bastantes pruebas para conocer el brazo vengador de un Dios irritado? Por que ¿qué ciudades hallareis entre las principales de nuestra América que no den hasta el dia sobrada materia para llorar sobre ellas? Guatemala arruinada mas de dos veces á la violencia de los temblores: Guadalajara en continuo susto por las tempestades: Oajaca atemorizada con frecuentes cernimientos: Veracruz siempre sujeta á mortales enfermedades por la maligna constitucion de su clima: Puebla reducida á un miserable estado por los atrasos de su agricultura y de sus comercios. Las pestes observando un fatal periodo de veinte y ocho años aso-

lan nuestras provincias. La hambre (aun siendo esta por la fecundidad del reyno la plaga menos temible) llegó el año de 50 á dominar de suerte que, despues de alimentarse los pueblos de raíces, y aun yerbas venenosas, aparecian por los campos unos esqueletos sin otra señal de vida que los lastimosos ademanes con que pedian algun sustento. Ni la distancia de las potencias beligerantes nos ha redimido del azote de la guerra en estos tiempos, en que llegaron á enarbolarse sobre los muros de la Habana las banderas británicas, en que sus tropas se han atrevido en estos dias á introducirse hasta las costas de Nicaragua, y en los que sufrimos un nuevo género de guerra en las invasiones, los robos y la carniceria de unos indios bárbaros y sin disciplina que llenan de espanto y tienen en un continuo sobresalto nuestras provincias internas. De suerte, señores, que todo este siglo no ha sido sino trágica escena en que, á escepcion de un intermedio pacífico de pocos años y de algunos actos alegres, no se han representado sino horrores de pestes, de guerras, de terremotos y de desdichas.

ab y *en la página de* *ab* *román*
 Pero descansad ya vuestros ojos fatigados de espectáculos tan lastimosos, vol-

vedlos á vuestra Méjico en donde por un extraordinario privilegio del cielo se os presentará una serie no interrumpida de felicidades. Es verdad que ella ha sido asaltada de las comunes plagas, pero como aquella arca venturosa que en medio de los embates furiosos de las olas rodeada de las aguas triunfó del comun diluvio. Méjico acometida de tantas fatales calamidades ha sido casi sin egemplar, ó la mas dichosa, ó menos infeliz que las otras. Si se sacude con recios repetidos vaivenes la tierra, estos en Méjico no parecen sino amorosas demostraciones con que Dios le hace ver que no debe su seguridad á la constitucion de un terreno libre de terremotos, sino al patrocinio que la defiende de sus estragos. Si la guerra lleva ácia todas partes entre el ruido de las armas la desolacion de las familias, el abandono de la agricultura, las pesadas aunque justas contribuciones: Méjico sin haberle visto jamas la cara á este monstruo sangriento apenas le conoce por su nombre, y mucho menos que otros pueblos por sus efectos. Si la cruel voracidad de la hambre en todo el reyno ha sido infelizmente célebre el año de 50; ésta en Méjico solo sirve de gloriosa ocasion á la liberalidad tan franca que no

conoció el pueblo la escasez sino por la abundancia de los socorros. Si un pestilente venenoso contagio acaba de llenar los templos y aun los campos de cadáveres, las casas de negro luto y las familias de inconsolable llanto; Médico computa entre los apesados apenas una séptima parte de muertos, cuando en otros lugares (por el cómputo que he podido formar) pereció la tercera, ó cuarta parte de los contagiados. Debióse en gran parte y por que he de callar en agravio de la verdad lo que se puede y debe decir sin sospecha de adulacion? Debióse esto á las oportunas providencias de dos príncipes celosos y amantes de su pueblo, á los arbitrios y cuidado de una ciudad no menos noble que piadosa, á la liberalidad de un tribunal de comercio siempre atento á las necesidades del público. Mas qué ¿no es un beneficio inestimable del Señor que nos haya conservado un pastor de entrañas tan dulces y benignas que estaba dispuesto á consumir sus rentas y aun á vender el preciso menage de su palacio para el alivio de su rebaño? ¿Qué nos haya puesto á la frente un noble Ayuntamiento que supo meditar y practicar providencias tan útiles para la asistencia de un pueblo numeroso, que ellas servi-

rán de egemplar y de admiracion aun á las ciudades mas cultas y piadosas? ¿Qué excitó en nuestros ciudadanos un espíritu da largueza tan sobreabundante que sin que el pobre enfermo tuviera ni aun el trabajo de pedir, se dió tanto, y hubo tanto que dar que casi llegó á quejarse la misericordia de que era poca la miseria? Y ¿podré yo, señores, en vista de tanto beneficio no dirigirme á Médico para exhortarla, con las mismas palabras que David á Jerusalem, á rendir á Dios las mas humildes gracias?

¡Médico! mas feliz y mas venturosa que Jerusalem: alaba á tu Dios y á tu Señor que te ha librado del furor de la guerra, y llenado de bendiciones á tus habitantes: *Lauda Deum tuum quoniam confortavit seras portarum tuarum: benedixit filiis tuis in te.* El te ha establecido una perpetua seguridad en tus confines pacíficos y abundantes, para que no conozca ni el furor de las armas, ni la esterilidad desolante: *Qui posuit fines tuos pacem, et adipe frumenti satiat te.* Su voz fecunda ha fertilizado tus campos, y ellos casi sin trabajo rinden prontamente los mas copiosos frutos: *Qui emittit eloquium suum terra velociter currit sermo ejus.* Te manifestó su ley y sus misterios,

no ya entre sombras como á la familia de Jacob; y tú mas fiel que Israel en la observancia de su religion has experimentado el cumplimiento de sus ricas promesas: *Qui annunciat verbum suum Jacob justitias et judicia tua Israel.* A la verdad que Dios te ha distinguido singularmente entre las demas naciones del mundo: *Non fecit taliter omni nationi.*

Estas tiernas consideraciones no menos propias para acordarnos la obligacion en que nos hallamos de dar á Dios las mas rendidas gracias; que para celebrar este dia último como dia de gozo y de regocijo, acaso os habrán persuadido que aquellos temores que al principio significó combatian á mi espiritu, son del todo vanos é infundados. Porque cuando todo nos dá una idea la mas dulce de un Dios misericordioso y benigno; cuando todo conspira á regocijarnos; para qué confundirnos con ideas tristes, y dejarnos ocupar del temor? ¿Y por qué la memoria que hacemos en este dia de los dones de la misericordia ha de mezclarse con los terribles anuncios de la ira? Yo os lo diré en breve si me atendeis como hasta aqui.

Segundo punto.

Que los beneficios mal correspondidos se convierten en otros tantos motivos de justa venganza; que Dios suele diferir sus castigos para descargar mas recio el golpe; que su paciencia irritada se convierte en furor: nos lo enseñan las sagradas letras, lo publican mil funestos escarmientos, y la misma naturaleza nos hace ver que el mar, mientras mas se retira de las costas, vuelve con mas furia á inundarlas, y que el fuego, mientras mas reprimido en las entrañas de la tierra, rompe con mas violenta fuerza, y hace volar las murallas mas firmes. Pero que los mismos dones de la misericordia sean tal vez el anuncio mas fatal de la ira, apenas lo creeríamos si todo un Dios no hubiera intimado esta nueva especie de castigo. Jerusalem ingrata (le decia por uno de sus profetas) pues has correspondido tan mal á mis beneficios yo dejaré de zelar tus ingratitudes: pecarás, y yo, á manera de un padre que abandona á su hijo sin reprehenderle, ni castigarle, ocultaré los efectos de mi ira: *Auferetur à te zelus meus et quiescam nec irascar amplius.* ¡Terrible es Dios, exclama San Bernardo, quando despide rayos y hace

temblar el mundo á una sola mirada! ¡Terrible cuando castiga en el furor de su ira! ¡Pero mas terrible cuando á vista de nuestras iniquidades calla, disimula y nos llena de dones con que adormecidos como en un profundo sueño no sentimos sobre nosotros el azote que nos despierta: *super omnem iram miseratio ista*. Como el suave rocío de la mañana que da vida á las plantas, fragancia y hermosura á las flores, alegría y fertilidad á los campos, es en el invierno, por la rigidez y dureza de las fibras de las mismas plantas, el instrumento mas nocivo que las abrasa y las destruye; así los mismos dones con que Dios en la primavera de sus piedades nos vivifica, son medio funesto para el castigo en el invierno de su cólera, cuando la insensibilidad y rigidez de nuestros corazones se endurece con los beneficios.

Esto supuesto no me preguntéis ya, señores, qué es lo que temo á vista de los bienes que en tantos años atras y en el presente ha recibido Méjico. Temo esa ansia insaciable de adquirir y de enriquecer: ese apetito de gastar y de lucir: esas dos pasiones émulas á un tiempo, y compañeras, la avaricia y el lujo que, como decia el sesudo Caton, son las ruinas de las ciudades; y los imperios. Temo

este alto punto de grandeza á que se ha exaltado Méjico: tanta profanidad en las galas, en el tren de carrozas, en la comitiva de criados, sin distincion de nobleza y de plebe, de ricos y pobres á costa de la usura, de la trampa, del juego, de la prostitucion: esa gula ingeniosa en los banquetes: esa torpeza que se alimenta en los reatos y en los bailes con todo género de fomentos lascivos. Temo esas partidas de juegos que casi en cada calle hacen la ocupacion de tantas gentes mezclándose escandalosamente hombres y mugeres para perder el tiempo, los caudales y las familias. Temo esa desentovtura, no ya de viles mugercillas, sino de algunas de mayor clase que en su casa gastan las horas pasando del tocador al gabinete, del afeite á los inútiles y quizá perniciosos coloquios de los que las lisongean; que en la calle no llevan otro designio que ganarse adoradores; que buscan en los templos los lugares y las horas de mayor concurrencia, no para adorar á Dios, sino para hacerse espectadas con la abominacion de risas, de ademanes, de afectados movimientos; que en sus trages, en sus miradas, en sus pasos, en el manejo todo de su cuerpo no respiran sino un aire estudiado de lascivia. Temo esa em-

briguez de la plebe, esas pulquerias en que levantando el Demonio para injuria de Dios templo contra templo reinan impunemente (sin que las cristianas providencias de un Monarca catolico, las vivas representaciones de cueros los mas respetables, los eficaces deseos de los principes eclesiástico y secular, no sé por que desgracia de Méjico, hayan tenido efecto): reynan impunemente el hurto, la ira, la torpeza, é iba á decir la brutalidad. Temo mas que todo en medio de tanto desorden la paciencia, los dones, la bondad de un Dios misericordioso: por que en ellas descubro los tremendos cercanos golpes de su ira: *Misericordia et ira cito proximat.* Terremotos violentos, hambres mortales, pestes, adversidades son muchas veces disfraz ingenioso de la misericordia del Señor de que se vale para despertarnos del letargo de nuestros vicios. Pero ese alto punto de grandeza de Méjico, (la felicidad temporal de que Dios la ha colmado, este levantar el Señor el brazo cuando apenas nos ha tocado el azote: todo esto á vista de la falsa tranquilidad en que vivimos entregados á regocijos, á juegos y á bailes autorizando con la máscara de civilidad, de razon de estado, de política fina la libertad escan-

dalosa de pensar y de obrar, me hace temer que Dios, dejándonos en manos de nuestros consejos, permite que corramos tranquilamente en pos de nuestros apetitos y que nos ha abandonado á los deseos de nuestro corazon: *Dimisit eos secundum desideria cordis eorum, ibunt in adventionibus suis.*

Dios grande de las misericordias, fulmine tu diestra omnipotente rayos que nos asusten: tiemble la tierra y caigan desplomados nuestros edificios: afligenos con la peste, con la hambre, con la esterilidad: sea Méjico infeliz, como no sea pecadora, escandalosa, ingrata. Ni podian ser otros nuestros deseos, cristianos oyentes, al contemplar este monstruoso contraste de un Dios bienhechor y un ingrato pueblo; ni yo me atreveria á pedir al cielo otra cosa que castigos piadosos que despertaran nuestra insensibilidad, si el soberano obgero á quien dirigimos estos cultos no calmara nuestros temores para esperar, no ya aquellos bienes con que oculta Dios su ira; sino los amorosos beneficios con que manifiesta su misericordia. Y ¡oh que felicidad la nuestra tener, á pesar de nuestras culpas, un Dios infinito que presentar al Eterno Padre para una accion de gracias la mas cumpli-

da una víctima agradable y pura para aplacar su ira!

Vuestro adorable cuerpo, Señor soberano, nuestro por tantos títulos, es la recompensa que en esta noche ofrecemos á vuestro padre por los innumerables beneficios de este año: es la hostia de propiciación que satisface por nuestras ingratitudes; y es también la prenda que nos asegura en el año venidero las felicidades. Vos Señor, desde esas augustas aras bendecid este último día con que coronamos el año presente, y vuestra bendición derramará el año que sigue sobre el estéril terreno de nuestros corazones, y sobre nuestros campos, frutos de virtud, y abundantes mieses: *Benedices coronæ anni benignitatis tuæ et campi tui replebuntur ubertate.* Bendecid Señor este día, y los espíritus desolados con las pasiones serán dichosa habitacion de virtudes, reinará en los inculcos desiertos la abundancia, se remontarán nuestras almas sobre los gustos viles de la tierra, y hasta los inmóviles collados saltarán de contento: *Pinguentsc speciosa deserti et exultatione colles accingentur.* Multiplicaránse con maravillosa fecundidad nuestro ganado y el pequeño rebaño de la iglesia se extenderá hasta los fines de la tierra en donde

será alabado vuestro nombre con festivos himnos: *induti sunt arietes ovium: clamabunt etenim himnum dicent.* Bendecidnos en esta noche, y vuestra bendición nos conducirá por entre las tinieblas de esta mortal peregrinacion al alegre día de una inmortal gloria.

SERMON
 predicado el viernes de Lázaro en
 la catedral de Méjico el día 3
 de abril de 1767.

Erat quidam languens Lazarus à Bethania. Joann. cap. 11. v. 1.

Entre las maravillosas obras que para manifestar su divinidad, y confirmar á sus discípulos en la fe de su resurreccion egecutó el Salvador del mundo, no hubo alguna que mas encendiera la envidia y el furor de sus enemigos ni mas llena de misterios para nuestra enseñanza, que la portentosa resurreccion de Lázaro referida al capítulo 11 de S. Juan. Ya habeis oido que Lázaro hermano de Marta y de María, honrado por la boca de Jesucristo con el glorioso titulo de amigo suyo se hallaba cercano á la muerte, postrado, débil, y sin fuerzas; que no sufriendo la ternura de sus hermanas el omitir remedio alguno recurrieron confiadas á Jesucristo avisándole que su amigo estaba en-

fermo; que el piadoso Salvador, dando á entender no era mortal la enfermedad, se detuvo en Betavara sin encaminarse á Betania hasta despues del cuarto dia en que halló á Lázaro muerto ya, y corrompido en el sepulcro. Las demostraciones de su sentimiento, y los medios que usó para resucitarle fueron tan singulares que no leemos otros semejantes en el discurso todo de su vida. En esta accion, pues, no menos portentosa por sus circunstancias que por las útiles doctrinas que encierra ¿qué no han descubierto los padres para nuestra enseñanza? Ya nos conducen al sepulcro con las mismas palabras con que allá los circunstantes obligaron á prorumpir á Jesucristo en lágrimas de compasion: *Veni et vide*: venid y ved al que poco ha gozaba de una salud robusta, de una feliz fortuna postrado en un sepulcro, cubierto el rostro con un sudario, hecho el pasto de los gusanos, causando horror á sus mas allegados: venid, y ved el triste, pero necesario término del esplendor y la gloria, y los bienes que tanto aprecia el mundo. Ya en el mismo sepulcro nos ponen á la vista por el feliz estado del cuerpo, la tirania de una pasion que pasando á costumbre hace casi imposible sino por un

milagro la conversion: ya finalmente en las lágrimas de un Dios hombre cuán digna es del mayor sentimiento la espiritual muerte del alma.

Pero habiendo yo de hablaros de tantas, y tan provechosas verdades en un tiempo en que dispuestos á llorar la cercana muerte de nuestro Redentor considero al pueblo cristiano, por la mayor parte, libre ya del pecado por la penitencia, y de una accion, que el mismo Jesucristo dirigió á encender los tibios corazones de sus apóstoles; quisiera dejando, si aun hay quien en tan santos días se lllore esclavo de sus vicios: dejando, digo, á semejantes pecadores en su obstinacion dirigir mis palabras á las almas justas. Á aquellas, digo, que si bien amigas de Cristo como Lázaro viven, pero tan débiles, tan desflaquecidas, que estando á punto de perder la vida, se hallan muy cercanas á la muerte y la corrupcion. Á aquellas que conservando el horror al mortal monstruo del pecado, tibias y perezosas se entregan sin temor á todo género de faltas ligeras, á las ocasiones peligrosas y no aspirando á la perfeccion, quieren seguir un partido entre Dios y el mundo procurando complacer á entrambos. Si acaso, pues, ó almas tibias no ha-

beis comprehendido vuestro infeliz estado, poned los ojos en el amigo de Cristo enfermo, en Lázaro: *erat quidam languens Lazarus á Bethania*, y demuéstreos su muerte la terrible desgracia á que os precipitais. Porque en el origen de la muerte de este vereis, que el estado de la tibieza es el mas lamentable y peligroso. Esta verdad tan importante, y que á cada paso nos intiman los ministros del Señor, es la que intento mostraros en la enfermedad y muerte de Lázaro: amigo de Jesucristo, sí; pero enfermo, pero débil: *Languens*. Debilidad tanto mas lamentable cuanto de ella es sin comparacion mas grave y mas facil, é irreparable la caída. La madre del amor, y de la mas fervorosa caridad dé esfuerzo á mis tibias palabras para que puedan imprimir en vuestras almas el debido horror á este infeliz estado implorando su ayuda con el AVE MARIA.

Erat quidem languens.

Qué vivo retrato de una alma tibia, el amigo de Cristo Lázaro, débil, y enfermo (:::) qué imagen tan cabal del miserable estado de la tibieza y sus funestas consecuencias la enfermedad de

Lázaro, y la muerte á que ésta le condujo. Postrado en una cama, lo que cada día experimentamos al rigor de una fiebre, comenzaba á sentir en una vida débil, y lánguida anticipado el rigor de la muerte: entorpecidas las facultades del alma, sin vigor los sentidos del cuerpo apenas tenía otro uso de ellos, que el que bastaba á hacer un infeliz, pero acertado pronóstico de su cercana muerte. La pesadez de los ojos, la torpeza de los oídos, la turbación de la lengua, y el desfallecimiento de todo el cuerpo no le dejaban otra acción que la de un sentimiento tanto más doloroso, cuanto menos perceptible, y capaz de remedio. Vive Lázaro, diriais al verle; ¿pero qué importa si tiene las señales mas ciertas de que morirá presto? ¿Y no es este puntualmente el estado de un justo tibio? ¿No es este el retrato mas fiel de una alma perezosa que satisfecha de algunas obras buenas, y de ciertos esteriorios de religion, contenta con evitar los mayores desórdenes se entrega advertidamente á toda especie de faltas ligeras? Vive; pero ofuscada la vista espiritual de la fé no sufre la luz de aquellas verdades mas austeras y mas sólidas, á la manera de aquellas aves nocturnas cuyos débiles ojos no pueden tolerar los brillos del sol.

Vive; pero desflaquecida la esperanza siente tal caimiento en orden á las cosas eternas, que apenas puede alentarse á desearlas. Vive; pero atadas las manos á la misericordia, los pies al ejercicio de las santas obras no se mueve á las acciones de piedad sino por costumbre. Vive; pero fomentando en lo interior del alma ciertas aficiones secretas, ciertos puntos de honor, ciertos intereses, que se llaman de estado y de política, cierto empeño en la vanidad y ostentacion que como una lenta, pero peligrosa fiebre la desflaquecen, la debilitan y la arrastran á la muerte. Que importa, pues, que el amor propio nos lisonjee y adule con que somos amigos de Dios, si en estos mismos afectos tenemos la señal mas cierta de morir presto, y tan presto que puede ser en el día mismo en que así nos lisonjemos. Si creemos al gran padre S. Juan Crisóstomo, el mismo día en que las hermanas de Lázaro avisaron á Jesucristo de la enfermedad, en este puntualmente murió.

Pero es mi intento, señores, el vencer la pernicioso máxima del mundo, que pretendiendo ser solo propio del retiro y la religion el activo fervor en el camino de la virtud, se engaña á sí mismo imaginando que lleno de ligeras faltas

y en medio de las ocasiones mas peligrosas podrá mantenerse seguro. Sabeis muy bien, segun el irrefragable testimonio del Espíritu Santo, que el desprecio de las cosas pequeñas arrastra poco á poco al pecado mortal. Sabeis que un Saul, elegido por Dios para primer Rey ungido de su pueblo, no tuvo otro origen de los atroces delitos á que se precipitó hasta quitarse con su propia mano la vida, que el anticiparse algun tiempo sin aguardar á Samuel ofreciendo él mismo el sacrificio: accion en que doctores muy sabios juzgan no pecó gravemente, y esta fué el origen de su reprobacion: *Si non fecisses rem hanc, jam nunc preparasset Dominus regnum tuum.* Por eso, pues, sin detenerme en una verdad de que os juzgo muy persuadidos, considerando solo las circunstancias de la muerte de un tibio juzgad si es este el mas infeliz por lo grave ó irreparable de su caída. Ella es á la verdad tan perniciosa y tan funesta aun respecto de los otros pecadores, que facilmente condenaríamos de temeridad aun el imaginarlo, si el mismo Dios no hubiera dado el mas claro testimonio en aquella terrible amenaza del Espíritu Santo pronunciada por boca del ángel al cap. 3. del Apocalipsis. Ojalá, le decia al obispo de Laodicea, te

abrasaras en caridad santa activo y fervoroso, ó te mantuvieras frio; pero porque eres tibio te comenzaré á arrojar y á vomitar como á manjar fastidioso: *utinam frigidus esses aut callidus; sed quia tepidus sis incipiam te vomere.* ¿Y quiénes son estas almas á quienes el Señor llama frias y cuyo estado es menos deplorable que el de un tibio? Ruperto, Beda y S. Ambrosio dicen: son los infieles. Victoriano entendiendo en este nombre á los hereges, y otros en fin á los pecadores desenfrenados y envejecidos. Y qué ¿es mas odioso, causa mas horror al divino pecho aquella alma tibia y perezosa, que contenta con verse libre de los mas graves delitos se entrega á los deleites, á los pasatiempos y á todo lo que no trae manifiesto el horrible semblante del pecado mortal? Qué ¿es mas infeliz que el herege, el idólatra y el mas delincuente pecador? Si, señores, mas; no por lo que es actualmente, sino por las gravísimas caídas que casi infaliblemente le amenazan. El como otro Lázaro, dice S. Gregorio, se verá precipitado de esa debilidad y tibiaza á una y otra culpa, á uno y otro vicio el mas detestable hasta caer en la mas terrible desesperacion corrompido y entregado por pasto á los gusanos de sus pasiones, y cuando el enveje-

cido pecador no ha perdido la confianza de su remedio; el tibio despues de su caída arrebatado de una ciega desesperacion ni habrá vicio á que no se entregue, ni culpa á que no se precipite. Y esto sin duda fué lo que haría esclamar á S. Agustin convencido de su propia esperiencia, hablando de las personas dedicadas á Dios en la religion: ni he conocido otros mejores que los que sirven fervorosos á Dios en la religion, ni otros mas detestables que los que han caído en ella entibiándose del fervor religioso: *Quomodo difficile sum expertus meliores quam qui in monasteriis profecerunt, ita non sum expertus peiores quam qui in iis ceciderunt.* ¿Y acaso en medio de los peligros del siglo, donde soplando por todas partes los mas furiosos vientos de las ocasiones, como en un tempestuoso mar, amenazan continuamente naufragios será menos lamentable, será menos grave la caída del tibio? De ninguno por cierto leemos en las sagradas letras é historias eclesiásticas mas abominables escesos que de aquellos justos que teniendo en poco ya una ligera falta, ya una ocasion peligrosa cayeron de una en otra culpa en el mas espantoso abismo. Si nos llena de horror una enfurecida passion de envidia y de rencor, que por úl-

timo se ensangrienta en su propia vida, es en un Saul, de quien antes hablamos, hombre que aventajaba en bondad á todo el pueblo escogido, *non erat vir melior illo*, quien ya de un ligero desprecio de una ceremonia sagrada, ya de una inmoderada emulacion de David cayó por último en tal miseria. ¿No veis al mismo David caminando cuasi insensiblemente de la ociosa diversion á la pernicioso curiosidad, de esta al criminal deseo, de aquí al adulterio, del adulterio al homicidio? Si el mas sabio de los hombres llega hasta erigir altares, hasta ofrecer incienso á los mas inmundos idolos, ¿no fué este un efecto del demasiado amor, de aquella nimia indulgencia para con sus mugeres que acaso á los principios pudiera parecer inocente? ¿Ha vomitado el infierno monstruos mas horrendos que Arrio, Donato y Lutero? ¿Y eran estos acaso hombres criados en la disolucion, entregados á los vicios desde la juventud? Nada menos: era un diácono, y de una de las mas floridas iglesias, era un obispo de África, era un religioso de Alemania, alimentados á los pechos de la devocion y de la piedad; pero que tomentaban aun secretamente en medio de una vida regular una ambicioncilla sorda, una emulacion, un engrei-

miento que los condujo despues á ser los mas perniciosos é irreconciliables enemigos de la iglesia: *in pigritiis humiliabitur contignatio, et in infirmitate manuum persillabit domus*, por la pereza, por la negligencia se llegará á podrir el techo, y penetrando las paredes una gotera insensible se arruinará infaliblemente el mas soberbio y mas sólido edificio.

Ni penseis por esto que lo mismo acontece á los justos fervorosos, y que por tanto nada hemos dicho singular á los tibios; antes bien atendida á la gran diferencia que hay entre la caída del fervoroso y tibio, y aun entre la de éste y el estado del pecador envejecido. Porque si alguna vez se ve el justo fervoroso reo de algun grave delito, fué, ó la fuerza de la ocasion, ó el transporte violento de una pasion, ó ya su misma deleznable condicion la que le hizo delinquir. Pero habiendo antes con el egercicio continuo, con la victoria repetida de sus pasiones sugetádolas, y aun consumido sus esfuerzos, cae; pero sin tener en su corazon aquel peso que le arrastra, aquellas viles inclinaciones que le esclavizan á nuevas culpas. Cae; pero acostumbrado á vencer suele levantarse con nuevo vigor, habiéndole servido su propia caída de

una secreta espia que en lo posterior le obliga á precaverse mas advertido de los asaltos del enemigo. Aun el pecador mas desenvuelto y licencioso, semejante á un bruto sin freno que corriendo libre y precipitado por el campo tal vez fatigado se detiene algun tiempo, ó á aquellos caudalosos rios que entonces llevan sus aguas con menos fuerza, quando sin diques que las contengan se derraman espaciosamente por los valles; semejante, digo, á estos, suele contenerse y causarle un amargo hastio su misma libertad. Pero ¿cuán diferente de estos el tibio y perezooso luego que con algun grave delito se rompieron los diques que contenian aquel torrente de iniquidad; luego que á la primera caída se desataron las cadenas de sus pasiones con increíble violencia como hambrienta fiera se entrega á la presa de los vicios? Así es, dice elocuentemente S. Próspero, que una fiera atada se enfurece con mas crueldad rotos los lazos, que la que siempre se mantuvo en libertad. Y por esto (atendedme señores por vuestra vida) quando los otros justos aun en medio de sus ligeras faltas procuran eviarlas y corregirlas, el tibio abrazándose con todas ellas tiene antes de su caída las pasiones, no voluntariamente su-

getas, sino como violentamente aprisionadas, y sin reprimir del todo sus esfuerzos les da bastante pasto para que en algun tiempo rompan enfurecidas con mayor fuerza las prisiones. Porque ¿qué importa que no deje correr su apetito por los deleites criminales, si dejando libertad á sus ojos para entretenerse con cuidadoso desvelo en los mas peligrosos obgetos, y á la lengua para las conversaciones en que oculta el donaire las ideas mas nocivas, y manteniendo vivas las mas terribles correspondencias, está continuamente fomentando la pasion y apacentándola? En vano, pues, nos gloriamos que sujeta la avaricia no defraudamos el caudal ageno; que reprimiendo la ambicion no aspiramos á los honores por ilicitos medios; que templada la ira no se ensangrienta contra la vida y honra de nuestro hermano: si el excesivo anhelo por las riquezas, si el demasiado deseo de gloria, si una crítica severa de todos los defectos agenos son otros tantos agudos estímulos, que quando parece sugetamos nuestras pasiones, las avivan, las mantienen y las conservan en un continuo movimiento. ¿Qué mucho, pues, que roto el freno que las contenia á la primera culpa, no haya vicio á que una alma ti-

bia no se entregue arrastrándola en pocos dias al mas infeliz estado de corrupcion aquellas mismas pasiones que poco antes solo la desflaquecian y debilitaban? Y quando se precipite el tibio á un abismo el mas lamentable, ¿cuán difícil es su conversion, cuán irreparable su caida? Tanto, y es la otra funestisima consecuencia del estado de la tibieza, que quando el justo fervoroso se levanta facilmente del pecado, quando el mismo habitual pecador á esfuerzos, bien que poderosos de la gracia, aspira á la penitencia; el tibio puede, si, convertirse; pero así de parte de Dios, como de parte suya es tan difícil su conversion como uno de aquellos milagros de primer orden raros y singulares, y en que no podemos fiar sin la mas temeraria presuncion.

Volved los ojos á Lázaro ya muerto y corrompido en pocos dias al rigor de aquella mortal debilidad, y atended con reflexa de qué medios se vale, y qué no egecuta Jesucristo para convertirlo á la vida. Luego que se encamina al sepulcro, ya penetradas sus entrañas del mas vivo dolor, ya como esforzándose á una empresa la mas árdua y difícil, enardecido el semblante, turbado y conmovido íntimamente, reprimiendo á esfuer-

zos de su divinidad con sensibles demostraciones aquel golpe de turbacion y de dolor que le escitaba tan triste espectáculo al fin prorrumpe por dos veces en copiosas lágrimas, y como si esto no bastara, para dar á conocer lo maravilloso y difícil de la obra que emprendia, levantando los ojos al cielo ruega á su eterno padre, manda á los circustantes levanten la piedra que cubria el sepulcro, y por último esforzando la voz llama á Lázaro con un imperioso clamor. ¡Dios inmortal! ¿qué demostraciones son estas tan ajenas al parecer de aquel Señor á cuya omnipotente voz se abaten los cedros del Líbano, se conmueven los desiertos de Cades, y se aplacan enfurecidas las llamas? ¿No es el mismo Señor que en diferentes ocasiones al imperio de su voz sola restituyó á la salud aun paralítico de 38 años, y volvió la vida á la hija del Archi-Sinagoga, y al hermoso hijo de la viuda de Nain? ¿Cómo, pues, al resucitar á Lázaro se turba, se conmueve, ruega, y como si necesitara de ageno socorro quiere que otros descubran el sepulcro? ¡O! qué este es el gran misterio de la conversion de aquellos tibios que últimamente se entregan á los vicios. Era el paralítico símbolo del envejecido y desenfrenado pecador: el

hijo de la viuda de Nain era figura de los idolatras y gentiles, Lázaro en fin de aquel amigo tibio, *erat languens*, cuya pérdida necesita mas que los otros los mas singulares milagros de la gracia. Y así si para levantarse los otros pecadores, si para convertirse el idólatra es bastante la interior voz del Señor en aquellas gracias poderosas que imperiosamente los saquen del pecado y la idolatría; el tibio sumergido en los vicios haciendo inútiles los ordinarios medios necesita para su conversion el mayor milagro. El, acostumbrado á recibir con indiferencia aquellas mismas luces de la gracia que en un tiempo le fueron familiares, habituado su tibio corazon á no inflamarse con el ardor de las divinas inspiraciones, es insensible á todas no obrando en su alma ni las inspiraciones ni las luces. Y lo que es mas, conservando siempre aquel disgusto con que en el tiempo mismo de su justicia le fastidiaba la vida devota, á solo el nombre de la penitencia y la virtud tiembla, se estremece, y huye de ella como de un cruel martirio y de una vida llena de congojas y de trabajos. Y en este estado en que ni de las mas terribles verdades de la religion, ni de las exhortaciones, ni de los consejos se deja mover su insensibili-

dad ¿qué mucho sea irreparable su caída? Este era el poderoso motivo con que el apóstol S. Pablo procuraba infundir en los hebreos recién convertidos el horror á la tibieza exhortándolos á una vida fervorosa. Hermanos, les decia, vosotros hasta ahora tibios y débiles en el camino de la virtud, *quoniam imbeciles facti estis*, aspirad á la perfeccion. No os confiéis en que si vuestra flojedad os precipita á la culpa, nuevamente os levantareis por la penitencia. Porque os aseguro es imposible que los que una vez alumbrados han gustado de las dulzuras del cielo, participantes del Espíritu Santo, conociendo cuan excelente es la palabra del Señor, y las maravillas del siglo venidero; es imposible que estos, despues de caidos, hagan verdadera penitencia. Este es, señores, el terrible juicio del apóstol, no solo respecto de los apóstatas, sino tambien de los tibios y perezosos, como juzgan doctores muy sabios.

Pero no quiera Dios que esta formidable sentencia, que ya arrebató el demasiado celo de Tertuliano á juzgar indignamente de la divina misericordia; no quiera Dios que precipite al tibio á una loca desesperacion. Es posible, sí, puede ser que el omnipotente brazo que levantó á Lá-

zaro muerto y corrompido en el sepulcro, él mismo convierta á semejantes pecadores; pero á esfuerzos de milagros tan singulares, de gracias tan extraordinarias que hacen su conversion cuasi imposible. ¡O si viéramos las lágrimas, y oyéramos los gemidos de tantos infelices á quienes la tibieza forjó la dura cadena de sus vicios, que buscando el origen de su relajacion no encuentran otro que su vergonzosa pereza! ¡O y cómo por mas que sienten algunos movimientos de penitencia, oprimidos de tanto peso, no se alientan á emprenderla aun cuando parece la desean! Estos eran los que en otro tiempo, imaginándose muy distantes de tanta miseria, despreciaban como á hombres de espíritu austeros y melancólicos á los que piadosamente reprehendian la demasiada libertad de las vistas, el desprecio de las prácticas de la virtud y los peligros de una vida entregada á las delicias y al regalo y les anunciaban su casi irreparable caída. Estos eran los que satisfechos con abstenerse de los vicios mas groseros, atribuyendo á violencia de ánimo el cuidadoso desvelo de los justos, cubrian con el nombre de franqueza y obligaciones de política aquellas ocultas pasiones que ahora quitando el velo los oprimen y los

arrastran. ¿Y quién habrá, no digo ya tan imprudente, sino tan ciego y falto de juicio, que imaginando no habla con él la obligacion de aspirar á la perfeccion voluntariamente permanezca en una tibieza, que al fin le habrá de arrojar aun abismo de que no podrá levantarse sino por un raro milagro? ¡O tibieza, estado el mas lamentable por sus consecuencias, no solo como juzga el mundo engañado en las personas dedicadas á Dios por su profesion, sino en todo cristiano, en las personas del siglo, como eran los hebreos, á quienes S. Pablo fulminó tan terrible sentencia! Y ya si este estado, el mas lamentable segun los infalibles testimonios del Espíritu Santo, segun las luces de la razon arrastra violentamente al alma á la caída mas grave y mas irreparable, ¿qué motivo tendremos mas poderoso para estar en continua vela aspirando á la perfeccion? Felices nosotros si convencidos por nuestra propia esperiencia llegásemos á gustar la suave paz y la inesplicable dulzura de una virtud activa y fervorosa. Y desgraciados por el contrario cuando llenos de turbacion y de inquietud, cuasi á pique de naufragar en el alterado y tempestuoso mar de nuestras pasiones nos quejamos incesantemente atribuyendo al

peso y dificultad de la ley lo que no tiene otro origen que nuestra tibieza y remision en no cortar de raiz con las faltas ligeras el tronco de nuestras pasiones. Imitemos al justo fervoroso que guardando, segun la bella espresion de David, demasadamente la ley: *mandasti mandata tua custodire nimis*: esto es absteniéndose de aquellas léves faltas que avivando las pasiones á la hora del combate nos ponen en las mas crueles agonias, se goza alegre y contento en aquellas mismas victorias, que son para nosotros de tanto afan. Estinga, pues, el fervor nuestra tibieza, aliente el esfuerzo nuestra debilidad, y no contentos con ser como Lázaro amigos de Cristo débiles y enfermos, *languens*; aspiremos con una vida fervorosa á gozar anticipadas las dulzuras que tiene el Señor preparadas á sus fieles amigos en aquella vida santa, robusta, libre de enfermedad, y llena de los gozos de una eterna gloria.